

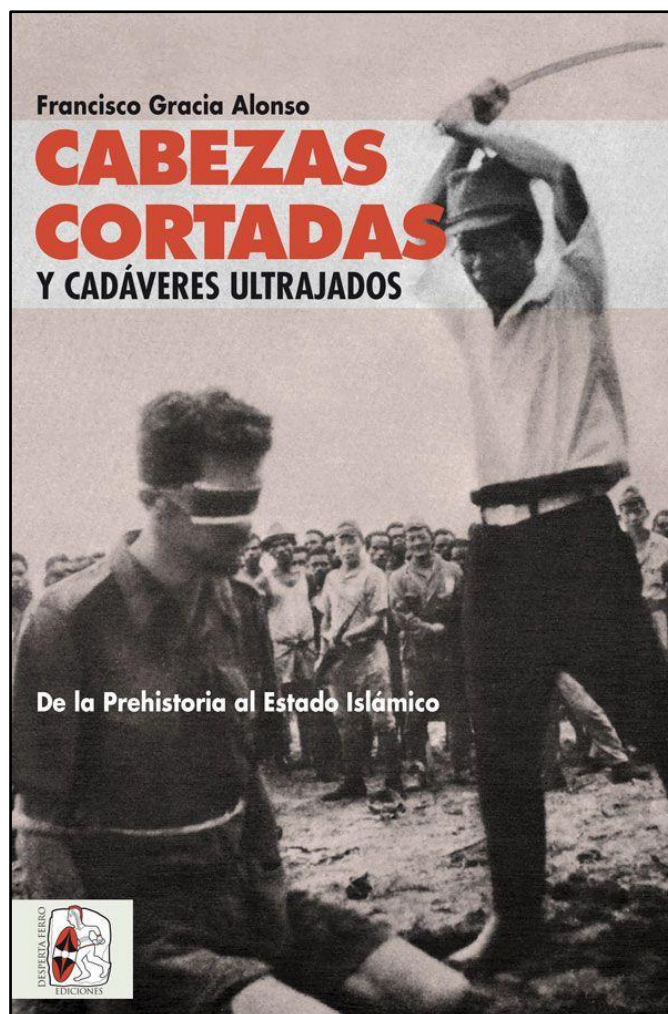


La resbaladiza pendiente de la violencia

Tomás Aguilera Durán

Universidad Autónoma de Madrid

Gracia Alonso, Francisco, 2017, *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados: de la Prehistoria al Estado Islámico*, Desperta Ferro, Otros Titulos, Madrid.





Ya sea la guillotina de la Revolución en París, los reductores de cabezas amazónicas o los caprichos de la Reina de Corazones en *Alicia en el país de las maravillas*, alojamos en nuestra imaginación colectiva decenas de visiones icónicas en torno a la decapitación. Ese carácter universal no es una simple coincidencia anecdótica, en realidad tiene que ver con la manera en la que funcionan las sociedades. Así comienza este libro, con una serie de reflexiones acerca de la importancia de entender el papel de la violencia extrema en el comportamiento social y sobre las fuentes para su estudio, insistiendo especialmente en el aporte de la Arqueología del conflicto para abrir la perspectiva acerca de su incidencia en el pasado. A partir de ahí, emprende un viaje enormemente amplio, geográfica y cronológicamente, desde la Prehistoria hasta la actualidad y a través de los cinco continentes. A lo largo de 400 páginas, en 14 capítulos y un epílogo, ordenados fundamentalmente por épocas, el libro analiza por qué, en entornos tan distintos, los cuerpos de los enemigos fueron desmembrados, desollados, quemados o expuestos. Aunque se trate de una obra de estilo ensayístico, orientada a un público general, es evidente que el estudio ha requerido de una documentación exhaustiva que se refleja en su aparato crítico, amplio y especializado, y que incluye útiles notas aclaratorias, bibliografía, un listado de fuentes primarias y un índice analítico. Asimismo, se complementa con una completa selección de 66 figuras de muy distinto tipo: iconografía antigua, ilustraciones modernas, fotografías de época y restos arqueológicos, que ilustran bien la diversidad de escenarios analizados.

Varias ideas de fondo se entrecruzan en la interpretación de esos ejemplos. Se explica, por ejemplo, cómo la institucionalización de la violencia extrema ha funcionado para mantener el orden social y la primacía política; eso pretendían las representaciones de ejecuciones masivas en los relieves de los monumentos asirios y egipcios. Estudia cómo las prácticas de este tipo han formado parte habitual de la celebración del triunfo en las guerras, constituyendo un acto de destrucción simbólica del enemigo y una forma de orientar la memoria colectiva sobre aquel conflicto; así puede interpretarse la reducción de cabezas en el Amazonas, los minuciosos códigos samuráis, la destructiva expansión mongola o los ritos prerromanos occidentales, ámbito que el autor conoce mejor y desarrolla más ampliamente. A pesar de las coincidencias y recurrencias, se insiste en que estas prácticas son siempre algo complejo, con múltiples implicaciones simbólicas; buena muestra de ello son los sacrificios antropofágicos mesoamericanos, en los que confluyen múltiples dimensiones rituales y funerarias. Desde luego, la religión reaparece a lo largo de todo el repaso como un factor fundamental: el anatema divino judío propició exterminios genocidas y, en nombre de Dios, se cometieron brutalidades durante las Cruzadas medievales y las Guerras de religión modernas; y fue así por parte de todos los bandos, musulmanes, católicos o protestantes. Ciertamente, demuestra que la vejación del contrario



nunca fue cosa de un solo contendiente, sino un juego eterno de acción-reacción; más allá de los mitos fundacionales estadounidenses y su plasmación cinematográfica, la famosa caza de cabelleras durante la colonización de Norteamérica fue perpetrada sistemáticamente tanto por los nativos, como por los europeos.

En efecto, la acusación de cometer este tipo de prácticas se utilizó a menudo como una falacia exagerada con la que estigmatizar a los pueblos sometidos, presentándolos como bárbaros que merecían ser masacrados: lo hizo Roma con los celtas, pero también los antropólogos europeos para justificar el colonialismo en América, África y Asia. En efecto, una de las principales tesis del libro es que debe evitarse el prejuicio de que tales fenómenos sean algo propio de salvajes ajenos a nuestra cultura y valores: la *Iliada* narra cómo los griegos ultrajaban los cuerpos de los troyanos, los romanos amputaban y decapitaban como mecanismo jurídico y como herramienta estratégica en la guerra, asimismo, la Revolución francesa se sostuvo necesariamente sobre el empleo sistemático del terror. Además, la atrocidad no es exclusiva de tiempos lejanos y superados. Ciertamente, las dos guerras mundiales, precisamente por su brutalidad, cambiaron el paradigma sobre la honra a los caídos y el establecimiento de límites en los conflictos; sin embargo, eso no ha impedido que los crímenes de guerra sean una realidad muy presente en los conflictos posteriores, destacando, entre otros muchos, las Guerras de los Balcanes. Asimismo, el Dáesh y los narcos centroamericanos copan con sus decapitaciones los medios de masas, excitando el morbo del público; ancestrales estrategias de terror son adaptadas así a los lenguajes del siglo XXI. En definitiva, parece que aquello que podemos considerar barbárico está muy presente en nuestra idiosincrasia cultural, que lo aparentemente lejano forma parte de la cotidianeidad del mundo, que lo inimaginable es inquietantemente cercano. Este es un libro valioso para comprender el funcionamiento cruel de la Historia, pero también una buena advertencia sobre lo oscura y resbaladiza que es la pendiente de la violencia.

El autor de esta obra, Francisco Gracia Alonso (1960), es catedrático de Prehistoria de la Universitat de Barcelona, director de la Secció de Prehistòria i Arqueologia de dicha institución y director del Grup de Recerca en Arqueologia Protohistòrica (GRAP). Su dilatada actividad académica ha girado en torno a cuatro grandes líneas: es especialista en la Protohistoria del noreste peninsular, campo del que podría destacarse su reciente monografía *L'assentament de la primera Edat del Ferro de Sant Jaume (Alcanar, Montsià)*, con D. García y I. Moreno (2016); en relación con ello, se ha interesado particularmente por el estudio de la guerra antigua, con obras como *La guerra en la Protohistoria: héroes, nobles, mercenarios y campesinos* (2003), *Furor Barbari! Celtas y romanos contra Roma* (2009 y 2011) o *Roma, Cartago, iberos y celtíberos. Las grandes guerras de la península Ibérica* (2005, 2006 y 2015); por otro lado, se ha dedicado profusamente a la historia de la arqueología, como en *La arqueología durante el primer franquismo, 1939-1956* (2009), *Arqueologia i política. La gestió de Martín Almagro Basch al capdavant del Museu Arqueològic Provincial de Barcelona (1939-1962)*



(2012), *Pere Bosch Gimpera. Universidad, política, exilio* (2011), *Pensar la Universitat. Escrits de Pere Bosch Gimpera* (2015) o *Lluís Pericot. Un prehistoriador entre dos épocas* (2017); por último, ha trabajado también acerca del destino y protección del patrimonio en contextos de conflicto, destacando *Salvem l'art. La protecció del patrimoni cultural català durant la Guerra civil* (2011) y *El tesoro del Vita. La protecció y el expolio del patrimoni històric-arqueològic durante la Guerra Civil*, con G. Munilla (2014). El libro aquí comentado, por tanto, entronca con algunas de sus líneas de trabajo habituales, pero también se abre a nuevos campos de estudio.



Entrevista al Prof. Francisco Gracia Alonso (Universitat de Barcelona)

Agosto de 2018

¿Por qué este tema? ¿Cómo surgió y se desarrolló la idea de este proyecto?

En el año 2014 los profesores Jordi Vidal y Borja Antela-Fernández me invitaron a participar en la Universidad Autónoma de Barcelona en el coloquio *Guerra y Religión en el Mundo Antiguo* con una ponencia sobre el fenómeno de las cabezas cortadas en la protohistoria peninsular. Trabajando en ella me pareció más interesante que comentar las fuentes clásicas y la documentación arqueológica, por lo que decidí presentar un estudio más antropológico y transversal extendido en el tiempo hasta el presente, incluyendo las prácticas desarrolladas por el ISIS y los narcos en América central. La profusión de ilustraciones que presenté entonces, una parte ínfima de lo que puede localizarse en la red, y la zozobra que causó su visión entre los estudiantes y profesores, me sirvió para reflexionar sobre el hecho de que los arqueólogos no solemos presentar los elementos relacionados con la muerte violenta desde una perspectiva social, sino simplemente técnica, por lo que creí que sería interesante reflexionar sobre el problema. Tras la publicación del artículo subsiguiente, y su repercusión en portales como Academia.edu, los editores de *Desperta Ferro* me animaron a convertir el mismo en un libro [N. del E.: las actas de aquel encuentro



están publicadas en Vidal, J. y Antela, B. (eds.), *Guerra y Religión en el Mundo Antiguo*, Pórtico, Zaragoza, 2015].

Es posible que este libro, por su temática e imágenes, despierte ciertas reticencias, acusado de efectista o morboso. ¿Qué diría al respecto?

Sería un planteamiento incorrecto. El libro está pensado y realizado desde la perspectiva del análisis riguroso de las fuentes documentales escritas y arqueológicas como forma de aproximación, análisis y explicación de una práctica que sobrepasa unos determinados límites cronológicos o culturales como demostración de la existencia de principios universales por lo que respecta al tratamiento del enemigo vencido. No se han incluido exposiciones truculentas o efectivas de los hechos, únicamente las propias descripciones contemporáneas de los mismos. Y se han dejado fuera otros elementos igualmente importantes como los genocidios organizados o la evolución de la tortura, un aspecto interesante puesto que indica el grado de perversión al que puede llegar el individuo y la estructura social a la que pertenece.

Por otro lado, desde el punto de vista personal, ¿resulta difícil emocionalmente sumergirse en una cuestión como esta?

Evidentemente, unos temas son más agradables de tratar que otros desde el punto de vista emocional, pero en el caso del análisis histórico es factible tomar distancia entre el narrador y los hechos que narra. Una vez definido el tema de investigación, la propia estructura de la misma, la búsqueda y acumulación de la información y su posterior análisis permiten tomar distancia con los aspectos más horribles del mismo para permitir su estudio. En este sentido, no se trata de un tema que tenga connotaciones diferentes, por su crudeza, al de otras representaciones de los límites de la deshumanización, desde los genocidios a las crisis migrantes. Y todos necesitan ser documentado y analizados.

En cuanto a la metodología, llama la atención la amplitud cronológica y geográfica, la cantidad y diversidad de datos y contextos. ¿Fue complicado el proceso de documentación? ¿Cuánto se prolongó? ¿Cuáles fueron las principales dificultades?

Obviamente el número de lecturas realizadas y la recopilación de datos fueron muy extensos. Yo tiendo a trabajar incluyendo en mis textos un gran número de notas a pie de



página para poder asumir en la explicación todos los matices posibles además de para proporcionar al lector las referencias bibliográficas o de archivos documentales que le permitan, en caso de que lo considere conveniente, comprobar los datos expuesto o ampliarlos. El aparato documental siempre constituye un elemento esencial en una obra y es al mismo tiempo demostrativo de la tarea emprendida por el investigador para disponer de fuentes primarias y no secundarias. Debe recordarse que todas las fuentes escritas, por ejemplo las del mundo clásico, presentan una visión subjetiva y no objetiva de los hechos que narran, condicionada por las influencias políticas, sociales, económicas y cronológicas de los autores, por lo que es necesario analizarlas de forma crítica, y no aséptica como en muchas ocasiones ocurre. La elaboración fue el resultado de varios años de lecturas compaginadas con otras tareas y seis meses intensivos de redacción. Las principales dificultades radicaron en este caso en el acceso a la bibliografía. Las bibliotecas universitarias en España, como todos sabemos, no disponen de los fondos que sería lógico encontrar debido a las restricciones económicas imperantes. No obstante las redes de préstamo interbibliotecario, nacional e internacional, así como los repositorios, solucionan muchos problemas. Otra cosa es la consulta de archivos. Cuando la obra lo necesita, por ejemplo en mis trabajos sobre historiografía de la arqueología, hay que vaciar la agenda de otros compromisos, desplazarse y llevar a cabo jornadas agotadoras para localizar y obtener la información.

Usted parte de la arqueología prehistórica, pero el trabajo tiene mucho de historia, antropología, etc. ¿Cuál es el papel de la interdisciplinariedad en un estudio como este? ¿Es habitual dentro de la tendencia a la especialización de estas disciplinas?

En el ámbito de la arqueología, y a pesar de la constante renovación teórica de la disciplina, podemos observar, en mi opinión, un retorno en los últimos años al positivismo descriptivo. Los arqueólogos realizamos cada vez mejores intervenciones y memorias, y recurrimos al concurso de un número de analíticas cada vez mayor que nos proporcionan datos que hace pocos años no pensábamos ni tan siquiera poder obtener. No obstante, nos falla, y cada vez más, el estudio de síntesis, la recopilación de informaciones para definir nuevos paradigmas interpretativos que hagan avanzar el conocimiento histórico. Si comparamos lo que sabemos de un determinado período con la forma que aún tenemos de interpretarlos (en muchos casos, no en todos puesto que las excepciones son extremadamente notables) veremos que aún falta mucho para cambiar viejos esquemas y líneas interpretativas. Y eso se observa especialmente en las obras de síntesis y los ensayos que llegan a las librerías generalistas e incluso a las académicas, donde la extensión definida por las editoriales ya supone un condicionante difícilmente salvable. Por ello, creo que hoy



en día un arqueólogo debe sumar a la información empírica que le proporciona la intervención el análisis antropológico e interdisciplinar, social, filosófico, económico, ideológico de los datos de que dispone, saltando las compartimentaciones estancas entre ciencias y reflexionando a partir de la aplicación de modelos de análisis cronológicamente divergentes pero socialmente equivalentes.

Más en general, tanto usted, en calidad de autor, como la editorial (Desperta Ferro Ediciones), apuestan por libros de planteamiento amplio, asequibles para un público no especializado. ¿Cuál cree que es (o debería ser) la relación entre la investigación y la divulgación para el historiador o el arqueólogo?

Los libros que publica Desperta Ferro son, por fortuna, muy diversos en sus planteamientos. Los trabajos de Glantz sobre el frente ruso en la Segunda Guerra Mundial, como *A las puertas de Stalingrado* o *La batalla por Leningrado*, describen con detalle los acontecimientos y apasionan al lector amante de la historia militar, mientras que otros como el de Lynne Olson *La isla de la esperanza*, responden al modelo de ensayo riguroso pero desprovisto de la acumulación de datos de los anteriores. En mi caso he intentado siempre combinar la información con una redacción amena que atraiga al lector, como, por ejemplo, en *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)* (2009), *Salvem l'art. La protecció del patrimoni cultural català durant la Guerra civil* (2011), *Arqueologia i política. La gestió de Martín Almagro Basch al capdavant del Museu Arqueològic Provincial de Barcelona (1939-1962)* (2012), *El tesoro del Vita. La protecció y el expolio del patrimonio histórico y arqueológico durante la Guerra Civil* (2014) o las biografías de Pere Bosch Gimpera (2011 y 2015) y de Lluís Pericot (2017), pero sin restar un ápice de la rigurosidad necesaria ni de la información que precisaba la exposición del tema. Considero que los investigadores, y en especial los profesionales que trabajamos en las Universidades o en los Centros de Investigación, tenemos la obligación de difundir el conocimiento sobre bases sólidas dado que gran parte de la financiación de que disponemos (otra vez podríamos hablar de si es mucha, poca o simplemente suficiente) es pública y por consiguiente tenemos la obligación de desarrollar el «retorno» a la sociedad. Por ello, en el campo concreto de la arqueología todos los trabajos de difusión que se realicen, a todos los niveles, tanto especializados como generalistas o educativos en escuelas, no sólo son necesarios, sino una obligación. No podemos pensar que la sociedad va a aceptar la realización de inversiones en arqueología, museos o archivos si no tiene una conciencia clara de que las mismas sean no sólo lógicas desde el punto de vista patrimonial, sino necesarias para aumentar la comprensión del presente y el pasado y aún de mejorar sus condiciones de vida, como sucede, por ejemplo,



con los yacimientos musealizados que se han ido convirtiendo en polos económicos de zonas con alternativas reducidas.

En cuanto al contenido, de todo el repaso se desprende la idea de que este tipo de prácticas es algo recurrente en tiempos y espacios muy diferentes. ¿Pueden rastrearse simbolismos y funciones básicas que sean comunes en contextos tan distantes? ¿Cuáles destacarías?

El simbolismo de la decapitación y el ultraje de los cuerpos de los enemigos vencidos es muy similar con independencia de la cronología y las áreas geográficas: el intento de extender el triunfo militar y político en el tiempo mediante una demostración de fuerza que sirve a la vez para denigrar las cualidades o prestigio pasados de los derrotados. No se trata sólo de vencer, sino de hacer prevalecer en el tiempo las consecuencias de la victoria. Y para ello, la humillación, el rebaje físico y moral de los cuerpos, su exposición pública, constituye un factor determinante. Psicológicamente prolonga el sentimiento de derrota en los vencidos a través del terror que supone el ultraje del cuerpo al extender el mensaje de que dichas prácticas pueden extenderse a cualquiera que intente contravenir el sistema político imperante. Vencer, escarnecer, aniquilar ideológica y económicamente al vencido son prácticas básicas de cuando la razón de la fuerza substituye como elemento clave a la fuerza de la razón. Además, en sociedades con fuertes diferencias de clase, como pueden ser, por ejemplo, la Roma imperial o la Francia anterior a la Revolución, el ejercicio de la violencia extrema es una forma de reconducir los excesos y cambios políticos al reducir a través de ella las diferencias existentes entre individuos, convirtiendo lo intangible en posible y lo factible en irracional. La psicología de masas es un factor clave en el trato dado a los vencidos caídos.

De entre los múltiples casos tratados, ¿hay alguno que le haya resultado especialmente sorprendente o interesante al abordarlo? ¿Algún ejemplo o periodo ha tenido que quedarse en el tintero o querría haber desarrollado más?

Me hubiera gustado desarrollar más todos los períodos, ampliando el número de ejemplos y el aparato crítico, pero existen unas lógicas limitaciones editoriales, aunque debo decir que he tenido absoluta libertad por lo que respecta a la extensión y el aparato crítico. Me hubiera gustado incluir elementos relacionados como, por ejemplo, la tortura o el tratamiento dado a los cuerpos de los caídos en el campo de batalla en un momento en el que tenemos cada vez mayor información gracias al desarrollo de la Arqueología del



conflicto, especialmente a partir del siglo XVII hasta el presente, puesto que el abandono de los cuerpos o su cosificación son también una forma de ultraje, mientras que, por el contrario, los ejercicios de memoria colectiva tras el tránsito del soldado-súbdito al soldado-ciudadano a finales del siglo XVIII, introducen una perspectiva diferente y muy interesante de acercarse al tema. Sin olvidar, aunque se trata de forma puntual en el libro, las repercusiones de las prácticas genocidas y los asesinatos en las retaguardias de las zonas de conflicto, desde la Guerra Civil española –período en el que se han producido avances muy interesantes en relación con la apertura de fosas comunes, un proceso no exento de polémica- a los conflictos políticos en América central, el África ecuatorial o los Balcanes. Por otra parte, los ejercicios de violencia colectiva en muchas ocasiones sobrepasan los tópicos o informaciones conocidas, como en los casos de la Inglaterra medieval o la Revolución Francesa, período en el que las formas de masacrar a los enemigos adquirieron cotas impensables si se tiene en cuenta que los hechos se produjeron tras la Ilustración y que paralelamente se redactaban textos claves en la Historia contemporánea como la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* en 1789.

Otra idea que parece importante es el uso que se hace del tema con posterioridad a la acción, su representación en los textos o la iconografía, a veces quizá de forma exagerada o ficticia. ¿Es importante la dimensión propagandística en la funcionalidad de estas prácticas?

La propaganda no sólo es importante, sino decisiva. La decapitación o el ultraje al cadáver no alcanzan toda su eficacia social y política si no se produce la posterior exposición de los restos para obtener a un tiempo la denigración pública del difunto y la exaltación de quien le ha ejecutado. Un proceso que es igual en cuanto a su trasfondo en el mundo ibérico (exposición de cráneos en las calles del poblado ibérico de Ullastret) o en el celta (conservación de las cabezas con ayuda de sustancias olorosas para ser enseñadas a los visitantes ilustres), en Roma, el mundo azteca, el Japón de los samuráis o la Europa moderna, como en el caso, por ejemplo de la cabeza del general Moragues, ejecutado por orden de Felipe V tras el final de la Guerra de Sucesión que estuvo expuesta durante años en el interior de una jaula situada en una de las puertas de acceso a la ciudad. El objetivo final es asegurar el triunfo mediante el terror infundido a las poblaciones y para ello la exposición del cadáver es esencial.

Finalmente, el estudio entronca con el presente, con realidades que nos resultan muy familiares y cercanas, rompiendo con las dicotomías primitivismo-civilización, pasado-



presente, en la distinción de estos fenómenos. ¿Deben o pueden extraerse del libro lecturas sobre la naturaleza de la sociedad y la guerra que nos afecten?

Creo que la principal conclusión que puede extraerse es que, con independencia de la cronología y las bases culturales de la población, en el momento en que de desencadena una guerra o un proceso susceptible de engendrar violencia, como es el caso de una Revolución, las bases sobre las que se asienta la concepción moral de una sociedad se anulan, y la furia contra el enemigo –ya sea externo o de clase- alcanzan el paroxismo al poder descargar toda la capacidad de odio y rencor acumulado sobre otros seres humanos sobre los que sea posible, por su indefensión, esperar que no puedan responder con la misma moneda. Si realizamos una comparación extrema, las llamadas «penas de telediario» en las que se pretende por la repetición continuada de determinadas imágenes o informaciones denigrar o condenar por anticipado a no importa quién que tenía hasta su detención o imputación un estatus social, económico o político importante, representa el mismo fenómeno que la exposición de las cabezas de las víctimas de la Revolución Francesa en el extremo de picas por las calles de París o tras su decapitación en la guillotina, ejemplo de espectáculo de masas. Del mismo modo, el empleo que ISIS o los narcos realizan de cadáveres y decapitaciones responde a la misma dinámica que la exhibición de las cabezas y cuerpos en el mundo antiguo: prestigio y territorialidad. En la actualidad tenemos tendencia a creer que la sofisticación del combate por su elevado componente tecnológico nos exime como sociedad de los aspectos más crueles de la guerra, como es la muerte cuerpo a cuerpo o la ejecución del prisionero y su degradación, pero no es así. Basta esperar a que se den las circunstancias oportunas para nuestra forma de actuación sea similar a los comportamientos que, como sociedad avanzada, entendemos propia de bárbaros, olvidando que los bárbaros moran en nuestro interior sumergidos bajo múltiples capas de formación cultural que, sin embargo, pueden desconcharse en cualquier momento.

Documento registrado en Biblos e-Archivo, repositorio institucional de la Universidad Autónoma de Madrid:
<https://repositorio.uam.es/handle/10486/685674>

© 2018 SEOA

© 2018 Tomás Aguilera Durán (reseña y preguntas)

© 2018 Francisco Gracia Alonso (respuestas y fotografía)



Esta obra está bajo una [licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).

Citación del trabajo: Aguilera Durán, Tomás: “La resbaladiza pendiente de la violencia”, *Diálogos con obras y autores. Seminario de Estudios del Occidente Antiguo (SEOA-UAM)*, 2018.
<https://repositorio.uam.es/handle/10486/685674> [Fecha de consulta: dd/mm/aaaa]

Accesible también en <https://www.uam.es/SEOA> (Diálogos con obras y autores)